

Carlos Castro

Artista plástico

Carlos Castro, en concierto con Noel Petro. Cortesía del artista.



Pocas veces se le pregunta a un artista sobre su formación, sus maestros, sus compañeros de clase o su relación y posición frente a las instituciones educativas; como si los artistas hubiesen aprendido solos y sus reacciones frente a estos edificios de poder fueran algo circunstancial. Aquí se demuestra lo contrario.

Humberto Junca: ¿Recuerda una experiencia, un profesor, una clase, un ejercicio que haya sido fundamental para usted, que le haya ayudado a ser quien es hoy día?

Carlos Castro: Recuerdo una clase que tuve en la Tadeo con José Horacio Martínez, como en segundo o tercer semestre. Nos puso a hacer un dibujo que tuviera que ver con el azar y nos dio un mes para entregarlo. Justo por esos días me encontré una paloma tirada en la calle. No podía volar, escasamente se movía. La metí en una caja, me la llevé para la casa y mientras la alimentaba y convivía con ella, empecé a dibujarla. Hice muchos dibujos y cada vez que acababa uno, lo metía en la caja para que el animal lo pisara, lo cagara. Así pasó una semana hasta que la paloma se alivió y voló. Fue muy chévere convivir con el animalito, dibujarlo y dejarlo intervenir los dibujos. Ese fue uno de los primeros ejercicios que hice en la universidad cuyo resultado me gustó. Y, quizás por eso, he seguido haciendo trabajos en los que intervienen animales. Por ejemplo, en el 2010 hice *El que no sufre no vive*, que era una réplica en pan de la estatua del Libertador que hay en la Plaza de Bolívar. La puse al lado de la original para que se la comieran las palomas. Trabajar con animales me gusta porque, de alguna manera, cargan la obra de pureza: ellos son puro sentimiento, puro instinto y, a la vez, comparten con nosotros cosas fundamentales como la territorialidad y la voracidad.

H.J.: ¿Por qué decidió estudiar arte?

C.C.: La verdad cuando entré a estudiar arte, yo quería ser músico. Quería formar parte de un grupo de merengue-punk radicado en Estados Unidos, que armamos con unos amigos del colegio y al que llamamos Popó. Mis amigos se fueron a San Francisco y, mientras se acomodaban y se organizaban, me puse a estudiar artes, porque siempre me gustó dibujar... Era como mi forma de escapar de la realidad. Usted lo sabe: si uno está aburrido en el colegio, pues se pone a dibujar en el pupitre o a hacer garabatos en el cuaderno. Y bueno, después de esos dos semestres, me fui para Estados Unidos a tocar con la banda y nos empezé a ir bien y todo. Compartimos cartel con grupos como Deerhoof y Lo-Fi Neisans.

Pero Juan Carlos Ruge, uno de los miembros, se enfermó y murió de cáncer; y como éramos un trío, el proyecto se cayó, se vino abajo. Por eso no tuve otra opción que devolverme para Colombia a seguir haciendo lo que hacía antes del viaje... y, finalmente, me gradué. Pero yo nunca pensé en ser artista: eso no se me pasaba por la cabeza, era una cosa que no tenía sentido.

H.J.: Sin embargo, lo veo más como artista plástico, que como músico.

C.C.: Pues nunca he sido un músico muy talentoso; lo mío ha sido más como desahogarme con la música, sacar energía reprimida. De todas maneras, la música le da a uno cierta manera de ver las cosas. Sobre todo el rock. La actitud del roquero siempre ha sido muy importante para mí.

H.J.: Entonces ¿usted es un “artista roquero”?

C.C.: No lo sé. Por lo menos escucho rock todo el tiempo. Las bandas y las obras de arte que siempre me han llamado la atención son las que tienen una actitud fuerte, de cierta forma agresiva frente a la sociedad.

H.J.: Incómodas, atravesadas...

C.C.: Exactamente. Por eso el rock es como un oasis ¿si me entiende? Si uno está molesto, si está bravo, si se siente incomprendido –la pura adolescencia– el único remedio es que llegue un grupo como Faith No More a gritar sobre lo mismo; y así uno, finalmente, se siente acompañado, comprendido. Yo estudié en el Colegio Mayor del Rosario donde me decían cómo me tenía que vestir, cómo tenía que llevar el pelo, cómo tenía que comportarme, en resumen: cómo tienen que ser las cosas. Y eso me rayó por completo. Por eso trato de hacer cosas que sean distintas a cómo se las han enseñado a uno; trato siempre de ver las cosas, de ver la historia, por otro lado. Yo vivía muy aburrido en El Rosario. Fue una experiencia traumática. Mi peor pesadilla sería volver al colegio.

H.J.: ¿Había formación artística en El Rosario?

C.C.: La formación artística se daba en la clase de vocacionales, una hora a la semana. En esa clase me iba bien. Recuerdo que para un ejercicio de perspectiva teníamos que dibujar el edificio del colegio, con punto de fuga y demás, y yo lo dibujé en llamas, lo quemé. Mis años de colegio fueron terribles.

H.J.: ¿Estudió siempre en ese colegio?

C.C.: No. Perdí noveno y de ahí pasé al Colegio Minuto de Dios y a otros tres colegios hasta que, finalmente, terminé mi bachillerato en el Liceo Moderno Campestre. No es que fuera el más ‘caspa’; simplemente, no encajaba.

H.J.: ¿Nunca armó ‘parche’ con otros que no encajaban?

C.C.: En séptimo tuve que hacer un curso remedial y conocí a un pelado que hacía sus juguetes con alambre y cinta. No recuerdo su nombre, pero hacía unos dragones enormes y la pasé increíble con él. Nos poníamos a hacer nuestros juguetes juntos y era una ‘chimba’. Desafortunadamente, quince

días después, perdió el remedial y lo echaron del colegio. Dos años más tarde, caí en otro ‘parche’ de desadaptados unidos por el rock.

H.J.: ¿Cómo llegó a la música rock?

C.C.: Mi hermano tenía un casete original de Queen, que había comprado en Londres. Cuando tenía 13 o 14 años me puse a escucharlo y me gustó mucho. Así empecé a buscar todo lo de Queen. Un par de años más tarde, vi por televisión un video que me impresionó mucho: *Epic*, de Faith No More. Dije: ¡Esta vaina es increíble! En esos años (1991 más o menos) uno podía ir a la calle 19 con octava, al centro comercial Omni a encargar el CD o el vinilo de tal grupo; pero salía muy caro. Lo que hacía era llevar a esas tiendas un casete virgen y les pagaba una plata para que me grabaran los discos que quisiera. Si daba cien pesos más, me fotocopiaban la portada y las letras. Mi primer casete pirata fue el del disco ‘The Real Thing’ de Faith No More, que para mí sigue siendo fundamental.

H.J.: La música tropical y el llamado ‘chucu-chucu’ son importantes para usted. ¿Cómo pasó del rock a Noel Petro?

C.C.: Cuando llegué a San Francisco a tocar con Popó, interpretábamos cosas de los Animals, de Derek and the Dominoes, puro rock de garaje de fines de los sesentas. Pero, yo, tocando y cantando esa vaina en Estados Unidos me sentía ridículo; tenía un acento marcadísimo y dije: esta música no es lo mío. Entonces, me puse a mirar en mi pasado musical. ¿Qué me podía hacer único, diferente y auténtico? Y me acordé de esa música que odiaba –¡pero la odiaba!– que era el tecno-merengue de grupos como Ilegales. Así, comenzamos a hacer una cosa tipo “¡Machácala! ¡Machácala!”, con bajo como de merengue pero con la batería y la guitarra punk. Y un día, estando en esas, Juan Carlos, que era el guitarrista, llegó a un ensayo con un punteo parecido al del tema de ‘Gallito Ramírez’ y nos encantó. Nos contó que lo había tomado de un tema de Noel Petro. Acto seguido, nos pusimos a buscar discos y cosas de él y nos encontramos con semejante personaje: Noel Petro tocando su requinto eléctrico y haciendo el paso del pato; Noel Petro ‘empeloto’, tirándose al Salto del Tequendama por Claudia de Colombia; Noel Petro comiendo burra... En ese momento nos dimos cuenta que lo más punk que podíamos hacer en Estados Unidos no era escuchar y tratar de sonar como The Clash; sino escuchar y sonar como Noel Petro.

H.J.: Usted me dijo que los integrantes del grupo se conocieron en un colegio en Bogotá, ¿cómo es la historia?

C.C.: Nos conocimos en un ‘validadero’: el Ateneo Juan Éudes. Allá terminaban los que habían sido

expulsados de otros colegios: a Juan Carlos –que tocaba la guitarra y cantaba– lo habían expulsado del Cervantes, a Sergio Iglesias –el baterista– del Rosario y a mí –que tocaba el bajo y cantaba– me acababan de sacar del Minuto.

H.J.: ¿Por qué deciden irse a San Francisco?

C.C.: Juan Carlos tenía una hermana en Los Ángeles y Sergio tenía familia en San Francisco, así que en algún momento dijimos: aquí en Colombia no vamos a hacer nada. Vamos a ser como Juanita Dientes Verdes o quién sabe qué cosa; entonces ¡vámonos! Mejor dicho, nos fuimos siguiendo el sueño americano.

H.J.: ¿Sus padres qué pensaban de todo esto?

C.C.: Siempre he sido muy buen hijo y, aunque al comienzo pusieron resistencia, mi mamá y mi papá me apoyaron en todo. Digamos que supe hacer bien las cosas. Era cierto que hacía lo que se me daba la gana en el colegio, pero en la casa siempre fui muy respetuoso. Obviamente, a mi papá no le gustó que estudiara artes ni que me fuera de roquero. Él me recomendó que estudiara arquitectura: “comience y finalice una carrera que valga la pena”, me dijo. Pero terminé por aceptarlo y ahora, cuando salgo en el periódico o en las revistas, es el primero en recortar el artículo. Los colecciona.

H.J.: ¿Hubo algún amigo o compañero de clase importante para usted?

C.C.: Para mí fue clave Paulo Licon. Lo conocí tomando cerveza en una tienda que se llamaba El Paisa, al pie de La Tadeo. Llegó sólo y se sentó conmigo. Resulta que le acababa de terminar una pelada que antes había sido mi novia, una pelada que él me quitó. Entonces nos pusimos a hablar de la vieja y nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común. Así nos hicimos amigos. Pablito ha sido una influencia muy grande para mí. Es otro tipo con mucha actitud y me gusta mucho lo que hace como artista. Al fin y al cabo salimos de la misma escuela: la tienda de El Paisa. Lo más chévere de la universidad fue estar en ese ‘parche’. Aprendí más de mis amigos que de mis profesores. En ese sentido, José Horacio es otro de mis amigos. Es que hay una jerarquía vertical omnipresente en el sistema educativo, pero desaparece cuando uno está tomando cerveza, por ejemplo. Creo que el conocimiento está vivo, activo, cuando los que lo comparten están codo a codo, a la misma altura. En el Colegio del Rosario la verticalidad era tal que yo sentía que no tenía nada que decir. Ellos todo lo decían; yo solamente podía repetir lo ya dicho. De eso se trata la verdadera violencia: la imposición del poder, mandar más que los demás. Por eso, cuestionar esos poderes instituidos y tratar de ver las cosas desde otro lado, ha sido para mí algo fundamental y necesario.

Carlos Castro, 'El que no sufre no vive', 2010. Cortesía del artista.



Carlos Castro, 'Obra mediocre', 2005. Cortesía del artista.



H.J.: ¿Cuál fue el origen de Los Claudios de Colombia?

C.C.: Los Claudios éramos un grupo de artistas plásticos ya graduados que nos conocimos en la rumba y que nos vestíamos con uniforme de colegio para tocar *punk* a lo Noel Petro. Los Claudios cuajaron cuando Víctor Albarracín, en el 2006, me invitó a hacer una exposición individual en El Bodegón y decidí que teníamos que debutar en la inauguración. Éramos: Jaime Tarazona -egresado de la Nacional- en la batería, Sergio Vega -egresado de Los Andes- en el bajo, Paulo Licona en la guacharaca y yo en la guitarra y la voz.

H.J.: En el 2010 terminó un master en Fine Arts en el San Francisco Art Institute ¿recuerda algún profesor, clase o experiencia notable?

C.C.: Sí. En esa maestría conocí a Tony Labat, un artista cubano que vive en Estados Unidos desde hace tiempo y que me dictó la clase de nuevos

medios. Le pregunté si me podía ayudar porque me sentía perdido, no sabía qué hacer. Él me dijo que claro, que me invitaba a su estudio para hablar un rato. Resulta, que tenía en su estudio un bar con una mesa de billar y cuando fui a visitarlo preparó unos margaritas deliciosos y nos pusimos a hablar 'carreta' y a jugar billar. Después de horas de estar en esas, le pregunté: ¿cuándo me va a dar una mano con mi proyecto?, y él me dijo que ya lo había hecho, que lo que yo necesitaba era desahogarme, relajarme, no tomarme la cosa tan en serio. Labat realizó un *performance* muy conocido en los setenta: se entrenó seis meses como boxeador, para después subirse a un cuadrilátero a pelear con un púgil profesional y aguantar un *round* después del otro. Labat bajito y flaquito recibió una tunda impresionante, quedó totalmente reventado. Ese es el tipo de arte que hace. Es todo un personaje.

H.J.: ¿Ha dictado clase alguna vez?

C.C.: Fui profesor de pintura en La Tadeo y trabajé

año y medio en la cárcel Modelo, enseñando, también, pintura. Básicamente, llevé a cabo el mismo programa.

H.J.: ¿Qué resultó de semejante experiencia?

C.C.: Pues resultaron muchos amigos, conocí personas chéveres. Y también resultaron muchos 'rajados', porque hay gente muy sinvergüenza. Hace tiempo me invitaron a Los Andes a una clase de artes y encontré un grupo de estudiantes totalmente aburridos, sin pasión por lo que estaban haciendo, cumpliendo por pura obligación con la tarea. Apenas salí de ahí pensé que sería bueno que existiera una clase llamada "El Arte del Gusto", en la que la gente solo hiciera cosas que realmente les gustara hacer y la única condición fuera disfrutar haciendo. Por eso, en mis clases insistía a los estudiantes que tenían que trabajar a partir de imágenes que les fascinaran, les encantaran. De hecho, les pedí una libreta donde coleccionaron todo tipo de imágenes encontradas, que les gustaran mucho.

H.J.: ¿Cree que se puede enseñar a ser artista?

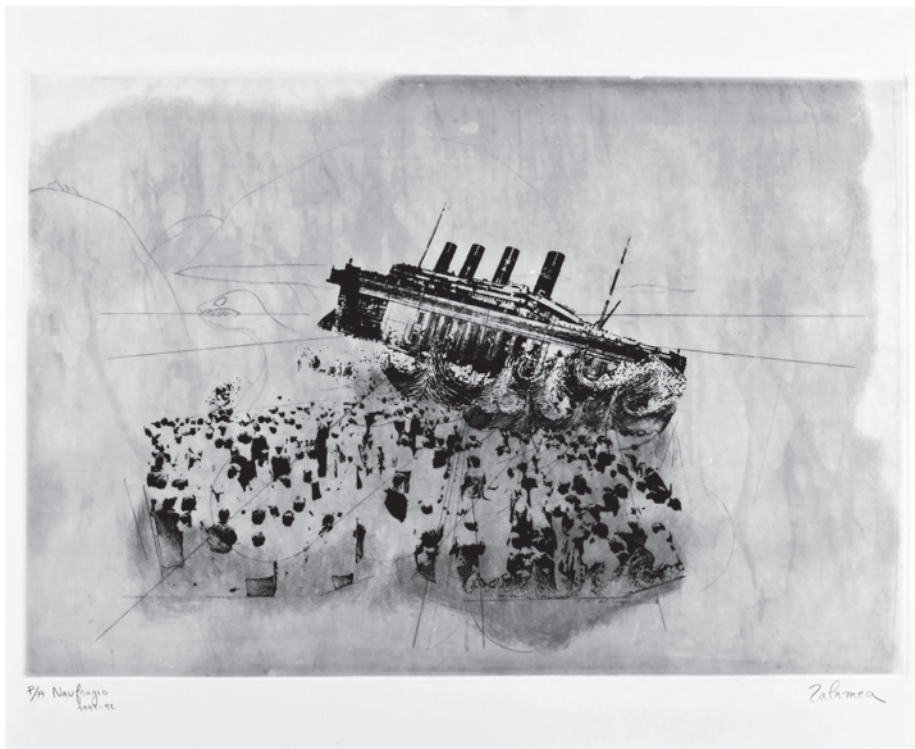
C.C.: Creo que hay cosas que se pueden enseñar, pero otras no. Lo que sí sé es que uno tiene que ser terco como un burro para ser artista. Yo creo que esta es la profesión más difícil que hay. Si uno no es apasionado y testarudo y le da y le da y le da, pues no la logra. Un artista más que talento necesita tener actitud, fortaleza, terquedad. Creo que la obstinación es la que hace al talento. Una persona que de verdad quiera hacer algo, lo saca como sea. Es como cuando uno ve a Sid Vicious tocando bajo: es obvio que ese tipo no tenía nada de talento; pero le ponía una pasión y una actitud al asunto, inigualable.

H.J.: ¿A qué otros testarudos admira?

C.C.: Siempre voy a admirar a Juan Carlos Ruge; su ejemplo ha sido fundamental para mí. Y a mi papá, Alirio Castro, empresario, inventor, pionero en Colombia de la fabricación de productos educativos y para laboratorio... ¡y más terco que yo!

GUSTAVO ZALAMEA Y LA CIUDAD

30 DE AGOSTO - 20 DE NOVIEMBRE DE 2012
BOGOTÁ, COLOMBIA



*Gustavo Zalamea, Naufragio, 1991-92, Fotograbado, Taller Arte Dos Gráfico, Edición de 30 ejemplares, 76 x 90 cm.

LUGAR:

**LIBRERÍA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SALA GUSTAVO ZALAMEA**

CLL 20 NO. 7-15 (SEDE PLAZA DE LAS NIEVES)

TEL: 316 5000 EXT. 29490 / 29492

E-mail: libreriaun_bog@unal.edu.co



VICERRECTORÍA ACADÉMICA
EDITORIAL

ORGULLO UN — 145 años